Gente Que Pasa

Por Marino GOMEZ SANTOS

EL TRABAJO, GALARDONADO

EL maestro Joaquín Rodrigo, autor del famoso «Concierto de Aranjuez» entre tantas otras partituras conocidas de todos, acaba de ser galardonado con la medalla de oro del Trabajo.

Vamos a su casa de la calle de Villalar.

—¿El maestro Rodrigo? —preguntamos.

—Está trabajando.

En efecto, podemos escuchar las notas del piano. Pero Joaquín Rodrigo ha reconocido nuestra voz.

—¡Adelante! ¡Adelante!

—¿Qué hacía usted en el momento de recibir la noticia de que le había sido concedida la medalla de oro del Trabajo?

—En ese momento trabajaba.

El trabajo ha sido su empeño, su problema, su ilusión, su alegría, su angustia.

—¿Y ahora qué hace?

—Reviso partituras para su publicación.

Este argumento no satisface plenamente nuestra curiosidad.

—¿Y además?

Joaquín Rodrigo sonríe con cierta malicia cordial.

—Es un secreto. Bueno; es secreto; pero yo se lo digo a usted confidencialmente: preparo una obra lírica, sobre don Duardos de Gil Vicente.

—Esperemos, maestro, que el género lírico se ponga en marcha.

—Creo que no; pero quiero escribir esta obra para mí, por gusto.

Rodrigo está preocupado.

—Ahora he de justificar esta medalla que se me ha concedido. He trabajado, sí; pero más podía hacer, porque a veces le entran a uno esas indolencias extrañas, de las que es cierto que suele salirse con más fuerza para continuar la tarea.

Antes de fin de año piensa dejar listas algunas partituras. Y, para esa fecha también, el maestro Rodrigo espera el nacimiento de su primer nieto.

Algunos poetas, todavía

A la altura de nuestro tiempo en este mundo disparatado, en un Madrid donde se anuda más cada día la complicación, viven y circulan sobre su asfalto algunos raros, pertinaces y admirables poetas.

Los editores publican difícilmente libros de poesía; los periódicos, hace tiempo que no les permiten acercarse a sus columnas; la sociedad frívola y enloquecida apenas les escucha, quizá porque ya no tiene salones donde recibirles. Pero los poetas crecen y se multiplican, sin pedir escalafones, ni micrófonos, ni anticipos de gloria.

Ahora parece que un verdadero Mecenas, de los que no se andan por las ramas, va a llenar las alforjas de los poetas para que la poesía florezca también en el otoño y los poetas levanten su voz sobre el trepidar de este mundo automático en que nos ha tocado vivir.

Los poetas trabajan como hormigas, en el silencio. Entre ellos, uno muy querido. Rafael de Penagos, termina ahora su quinto libro de poesía, «Materia de esperanza», de regreso de la Sorbona, donde ha dado conferencias sobre escritores españoles.

Penagos, viajero por casi toda América, premio nacional de Literatura 1964, beca March 1965, es un gran espectador, un poeta de versos tersos como su camisa, como su palabra, como su amistad.

Aguardamos su «Materia de esperanza» ahora cuando tanta falta nos hace reposar nuestro desaliento en el mensaje que nos traen los poetas.

PUEBLO, 5 OCT. 1966